

# SECRETO DE CONFESIÓN

(CUENTO)

Por la tortuosa corredera, flanqueada de espesos zarzales, camina apresurado Antón Ríos, el valentón de Ouces, ejecutor de la injusticia caciquil en aquel ayuntamiento marinián, feudo irredento de un escribano garelo, que en vez de ahorcar o tostar vivos a sus pecheros, como los señores de horca y cuchillo de antaño, los emplumaba con todas las reglas del arte curialesco y los ejecutaba después con solemnidad procesal. Era Antón Ríos, alias «Matapitos», lo que se llama un hombre de pelo en pecho. Desde rapaz rodeaba su nombre una leyenda de valentía; contábase de él proezas inauditas, a partir de cierta vez que desbarató una feria por causa de elecciones. El cacique le tomó a su servicio, como el diablo toma a quien le vende su alma, garantizándole la más absoluta impunidad en cuanto diablura se le antojase realizar en sus caciquiles dominios, que, como era natural, estaban enteramente dados al diablo.

Una mañana de primavera, serena, tranquila, dulcísima, lleno el aire de trinos, perfumes y vibraciones melodiosas y jocundas, ecos de nidós, aleteos de pájaros y fragancias suaves de alborada de la tierra meiga en pleno epitalámico de sus bodas con el Sol, apareció al pie de un zarzal cuajado de flores, el cadáver de un hombre. Era joven, recio, guapo. Al punto lo reconocieron los rapaces que habían hecho el sangriento hallazgo, y de ello dió fe el pedáneo que acudió con médico, cura y la parroquia en masa, a levantar el muerto. Lamábase Roque, el «Chas», el hijo del «lagüeiro», del peón caminero que trabajaba en la carretera de Sada. Era Roque presidente de un sindicato agrario, anticaciquil decidido. Mozo templado y curtido en lides marineras, con sus cuatro años cumplidos de embarque, solo a traición podía habérselo tumbado. ¿Y quién? ¿Y por qué? No se supo jamás. Mocerías, pendencias, rivalidades, una «ruada» que acabó mal. No fue posible averiguarlo. La justicia se hizo la sdrda; la Guardia Civil perezosa; la curia indifferente... Total, el muerto al hoyo. El «lagüeiro» construyó una hermosa cruz y la erigió piadosamente, con sus propias temblorosas manos, en lo alto de un montículo, en el lugar mismo donde apareciera el cadáver de su hijo. Una vez al año el viejo «lagüeiro» colocaba una corona de flores silvestres, toscamente tejida, en torno a la cruz, y postrado a su pie pasaba las horas muertas llorando en silencio por el hijo villanamente asesinado. Corrió el tiempo; rodaron los años; la memoria del crimen se esfumó y pasó al archivo de los recuerdos campesinos, que nuevas y más sonadas fechorías y barrabasadas san-



Jose Rancón Villar

grientas, en su mayor parte obra o inspiración caciquil, vinieron a embargar; tan solo el viejo «lagúeiro», abstraído, sumido en un entorpecimiento idiota, perdido ya el consuelo de las lágrimas, seguía visitando la cruz, erigida sobre el montículo pedregoso y clamando venganza, con los brazos extendidos, cerrando el paso a los viandantes...

(OTV SUP)

\*  
\*\*

Antón Rios viene de la feria del veinte. El «Matapitos» de antaño se convirtiera en don Antonio de los Ríos, con tanto señorío como el que más en la vieja capital marinana. Gastaba cadena de oro con media onza colgante, y alternaba en el Circo con el escribano Rañero y toda la renombrada y alcorniada curia brigantina. Era rico y creyente; daba limosnas, una vez a la semana, a la puerta del lagar, encargaba misas al señor cura y hasta alguna tarde de cuaresma arrastró las rodillas por las losas de la vieja iglesia románica, frente a un confesonario.

La noche de diciembre, brumosa y triste, iba avanzando grave y calladamente, como un ave enorme con las alas abiertas. Pesaba sobre el dormido paisaje el amplio silencio del crepúsculo, apenas cortado, a lo lejos, por la soñolienta melopea de un regato, murmurando entre las piedras de su cauce. Antón apresuró el paso. Incapaz de temor de Dios ni del diablo, molestábase un tanto el retraso experimentado en su retorno al hogar aldeano, enseñoritado con refinamientos burgueses. Su instinto de buen labriego le advertía la inminencia de la tronada, que rugía a lo lejos sordamente. Sobre su cabeza, el cielo ibase tornando, de cárdeno en negro, con la negrura espesa y torva de la tempestad que infunde pavor a los hombres y de la que sienten miedo los mismos pájaros, que huyen piando dolorosamente. En aquella indecisa luz del crepúsculo, fundido ya en las primeras tinieblas de la noche, los árboles y los setos arborecentes y desiguales, revestían la medrosa apariencia de gigantescas sombras, inmóviles en un fondo en que se apagaban gradualmente todos los cambiantes y los últimos vestigios de luz. Perdíanse los detalles del paisaje en aquella indecisión vaga de la noche que avanzaba, y un silencio imponente, agobiador, dominaba la naturaleza toda, que se recogía en sí misma como en un espasmo siniestro, preparándose a recibir la caricia brutal de la tormenta.

Hundióse la sombra de Antón en las lobregueces de un barranco, techado a trechos por espesa maraña de zarzas y malezas. En aquel túnel, la obscuridad era total, maciza, pegajosa. Antón se sintió sumergido en un antro colmado de pez. Los pies se empozaron en el fango, y sus manos, tendidas con la cautela del ciego, toparon con la viscosidad del talud rezumante. De pronto, una claridad fosfórica, rápida como un parpadeo y lúgubre como un destello sulfúrico, iluminó la angosta quebrada. Al mismo tiempo, el viento al sacudir la maraña que cubría la cima, arrancó a sus ramas desnudas y rígidas extraños quejidos y lamentos. Luego el trueno potente, cavernoso, arrastrándose en retumbos y descargas por la inmensidad del cielo, dejó caer su último estampido dentro del barranco, poblándolo de horrisonos ecos y medrosas resonancias.

Antón, un momento deslumbrado y aturrido, apresuró la marcha deseoso de trasponer cuanto antes la lóbrega hendidura. A sus pasos rápidos, nerviosos y poco firmes, como si a lo desigual y embarazoso del camino se juntase cierto vago temor a lo desconocido, hacíanle coro el zumbido del viento que gemía en la oquedad del barranco, el restallido de la lluvia azotando el ramaje, el rumor trepidante del trueno y el desconcertante estrépito de todos los elementos desatados y frenéticos, huroneando a lo largo de la empinada trocha, resonante como tubo de órgano. A intervalos, el súbito fulgor de los relámpagos, sucediéndose atropelladamente, mostrábase la salida del barranco como un ventanal abierto sobre su cabeza y sin cesar surcado por el diamantino centelleo de las chispas.

Hacia el boquete iluminado, se precipitó Antón presa del vértigo. Y al llegar al borde del boquete mismo, allí donde la llanura se dilataba misteriosa y sin contornos, arrebujada en las tinieblas, un relámpago vivísimo lo deslumbró, cegándole por un instante. Se detuvo aterrado. Al abrir los ojos, surgió de repente el paisaje mágicamente iluminado. En el fondo, destacábase inmóvil, altiva, majestuosa, aureolada de púrpura, como si brotara de un mar de fuego, la silueta de una cruz negra, intensamente negra, extendiendo sus brazos rígidos, con ademán decidido de cerrar el paso... Y una voz evocadora de la otra vida, clamó distintamente:

—¡Antón!

Cerró los ojos con fuerza, herido por aquel resplandor, que de milagro no le hizo rodar por tierra. Un sacudimiento terrible agitó sus músculos, todavía recios y bien templados; sus nervios saltaron al impulso de una emoción fortísima, sus dientes chocaron, con temblor imposible de reprimir, y el frío penetró hasta la médula de sus huesos. Quiso huir, pero el estupor, el miedo mismo, le clavó en el sitio. De nuevo clamó la voz:

—¡Antón! ¡Asesino!

Al resonar este lamento y dilatarse sus ecos por la llanura, tenebrosa y poblada de fantasmas, creyó Antón oír un eco lejano, que respondía al conjuro de su nombre, porfiadamente repetido, y que iba gradualmente magnificándose hasta convertirse en tremendo alarido, parecido a un grito de dolor arrancado a la humanidad entera, a la naturaleza toda; un grito horroroso, formado de todos los lamentos del infortunio, de todos los aullidos de la desesperación, de todas las blasfemias de la impiedad, grito que repetía, como el murmullo de la muchedumbre la misma imprecación.

—¡Asesino! ¡Asesino!

Sintióse quebrantado, transido hasta lo más hondo de su ser. Los relámpagos sucedíanse sin intermisión, tejiendo en torno a la cruz caprichosos trenzados y marañas de chispas fosforescentes, en tanto que el horizonte ardía con fulgor rojizo, como si todo él estuviese en llamas.

Alzó Antón las manos para cubrirse la cara, y, horrorizado, las vió tintas de sangre. Y precisamente en este momento la voz volvió a llamar:

—¡Antón!

Entre el esplendor vivísimo, en el foco ardiente sobre el que se destacaba la cruz serena, inmóvil, angusta, pareció agitarse, de pronto, una sombra. Por un instante creyó Antón que se desprendía de la cruz, por un portentoso milagro, el cuerpo mismo que de ella debiera estar pendiente. Y al fijar en su rostro la mirada atónita, extraviada, loca, reconoció, distintamente, las facciones exangües, maceradas, escuálidas, del difunto Roque el «Chas», tal cual el propio Antón las viera en el momento mismo en que la Justicia procediera a levantar el cadáver.

La sombra vengadora, irguiéndose sobre el fondo sanguinolento, y apoyada en la cruz, que parecía protegerle con los brazos extendidos, clamó, esta vez con acento terrible, iracundo, capaz de aniquilar una vida, como la voz irritada de Jehová:

—¡Antón! ¡Asesino! ¡Asesino!

La claridad deslumbradora cegó los ojos del miserable, sus sienas latieron con violencia; zumbaron sus oídos, cayó sin conocimiento por tierra; y nada más vió ni oyó...

\*  
\* \*

A la mañana siguiente la parroquia entera se apretujaba en derredor del cadáver de un hombre, tendido a pocos pasos de la cruz erigida en el mismo lugar donde, muchos años atrás, fuera descubierto el cadáver de otro hombre. Al pie de la cruz, acurrucado como un faquir, perdida la mirada en la inmensidad, con la extraña fijeza y desvarío de un demente, veíase al viejo «lagüeiro», ajeno al parecer a cuanto acontecía en torno suyo. Y el anciano párroco, una vez recitadas las preces de ritual, abarcando de una ojeada el cuadro trágico que ofrecía aquel grupo de un cadáver, un loco y una cruz, con los brazos extendidos siempre, amparando un enigma, exclamó lleno de piedad:

—¡Sepultemos definitivamente un secreto de confesión!

José G. Acuña

(Dib. de José Ramón Villar.)